

*A veces prosa*

## Carta abierta a Carla Zarebska sobre el *Arca de Guadalupe*

Adolfo Castañón

México D.F., a 12 de diciembre de 2007

Carla Zarebska  
Presente

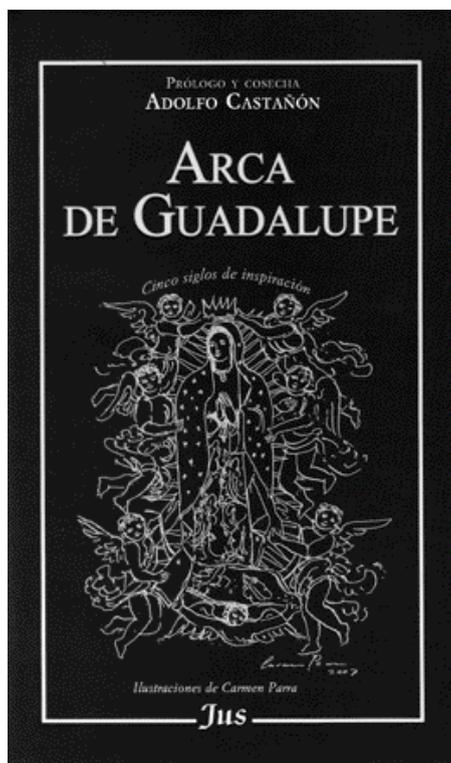
Querida Carla:

No me ha sido posible acompañar en la ciudad de Mérida, Yucatán, este acto de lanzamiento de la antología *Arca de Guadalupe*, prologada y cosechada por mí para la Editorial Jus, y para paliar de algún modo mi ausencia escribo este mensaje:

El *Arca de Guadalupe*, como tú sabes y se reconoce en el prólogo, es la hija editorial de tu prodigioso libro *Guadalupe*, publicado en 2002 por Basilio Concepto Editorial, con fotografías de Alejandro Gómez de Tuddo, en el cual tuve la fortuna de participar indirectamente contribuyendo con una modesta selección de textos poéticos y literarios que tuviste la generosidad de pedirme, a sabiendas de que mi única religión ha sido la lectura y de que soy un devoto de las letras y, en particular, de las letras escritas y las voces pronunciadas en México y en Hispanoamérica (incluyo aquí a España), principalmente en español.

Esta devoción crítica y estética —lo único que realmente tengo y me tiene o me detiene— me ha llevado muy lejos y me ha venido guiando a lo largo de los años y de los libros a los lugares más recónditos y secretos que son, a veces, los más expuestos a la intemperie y los más abiertos a la historia.

Esta devoción ha sido también, para



mí, como una lámpara en el camino o para el camino, una luz que me ha ido guiando hacia el conocimiento de mí mismo, y de los otros en mí.

El *Arca de Guadalupe* primero se insinuó a mis ojos, como un juego pintoresco y una tarea de arqueología e historia literaria que acaso tenía el propósito de reconstruir un jardín de flores curiosas sepultado por el tiempo. Pero a medida que iba yo avanzando por la escala, me fui dando cuenta —como el santo Juan Diego— de que me iba adentrando en un jardín secreto o dirigiendo hacia un monte de imágenes y semejanzas que no sólo aludía o nombraba a la Virgen de Guadalupe o señora del

Tepeyac, de una forma digamos ornamental y externa, sino que se me iba abriendo una suerte de mirador espiritual —y poético y estético— desde el cual podía yo dominar y ver desplegándose como en un vasto mar humanísimo las eras imaginarias de México, iluminadas y reunidas por la risueña y bondadosa presencia de la Virgen que, mientras tanto, se iba abriendo paso en mi interior como una voz que atravesaba y ensartaba aquellas voces reunidas en el Arca —incluida la mía propia y la de mi devoto silencio lector.

Esta voz subyacente y transversal era un hecho o más bien una impalpable sustancia simbólica y verbal que había empezado a pronunciar sus graves y a la par prometedoras palabras en un texto —un tejido de palabras— perfecto y dueño de un genio propio, que luego sería a su vez el genio tutelar de México y de la cultura mexicana: el evangelio mexicano llamado *Nican Mopohua* (un mensaje dictado al amanuense Antonio Valeriano) que es una realidad estética simétrica y complementaria de la tilma sagrada y floreciente de Juan Diego expuesta en el Tepeyac.

De esa semilla misteriosa han germinado todos los textos guadalupanos aquí reunidos y muchos otros más; de ese germen han brotado y seguirán brotando toda la prole de retoños y renuevos que se vienen dando como por añadidura a la devoción guadalupana; de ese embrión perfecto e inimitable donde dialogan los dos códigos genéticos de la cultura letrada mexicana —el náhuatl y el español— vienen las cortezas circundantes de esta médula que se desdobra en la historia como unas serpen-

tinas de papel picado que cruza las calles interiores de México en una fiesta procesional animada por el aliento insistente de la Inmaculada Morena; de ese vientre simbólico que es el evangelio mexicano llamado *Nican Mopohua* proviene un fruto impregnado, preñado por la soberana savia de la traducción cuya cruz se yergue y yace en el seno de la sustancia simbólica mexicana, gracias a los sutiles artifices encubiertos bajo el antifaz bautizado como Antonio Valeriano.

El *Arca de Guadalupe* es una suerte de reloj intrahistórico cuyas horas son los poemas aquí alojados y cuyos minutos son los versos que se van desgranando como granos de arena de una lentísima clepsidra.

A su vez, en los poemas y los versos se puede atender el eco de unos pasos del alma mexicana que va buscándose y enderezando su peregrinada letanía hacia la montaña analógica en cuya cúspide, inalcanzada y siempre nombrada, campea la luna creciente y virginal de Tonantzin Guadalupe. Se atesoran aquí algunas de las perlas de la Virgen, que han sido depositadas como exvotos palabres por los viajeros, por los fieles en prenda de la milagrosa certeza de esa aparición que es a la par íntima e histórica.

El *Arca de Guadalupe* está lejos de aspirar a la originalidad; quiere, más bien encauzarse e inscribirse en el torrente anónimo y tradicional a lo largo de los siglos y en la torre de marfil de la escritura tanto como en la de hueso y barro de la lectura.

Sobra decir que esta *Arca...* busca ser aspirada e inspirada por las lecciones literarias precedentes —como las de Joaquín García Gutiérrez, Joaquín Antonio Peñalosa y la tuya propia, querida Carla Zarebska—



para despegar gracias al impulso de su aire y, más allá, gracias y merced al favor impalpable pero eficiente de la legión de lectores y fieles alzados a la luz transfigurada en el Tepeyac (como una renovada era ima-

ginaria), y que se pasean como un péndulo en el tiempo sin tiempo del México interior del cual la gran República Mexicana —en el orden físico— es apenas un modesto reflejo. ■

El *Arca de Guadalupe* es una suerte de reloj intrahistórico cuyas horas son los poemas aquí alojados y cuyos minutos son los versos que se van desgranando.